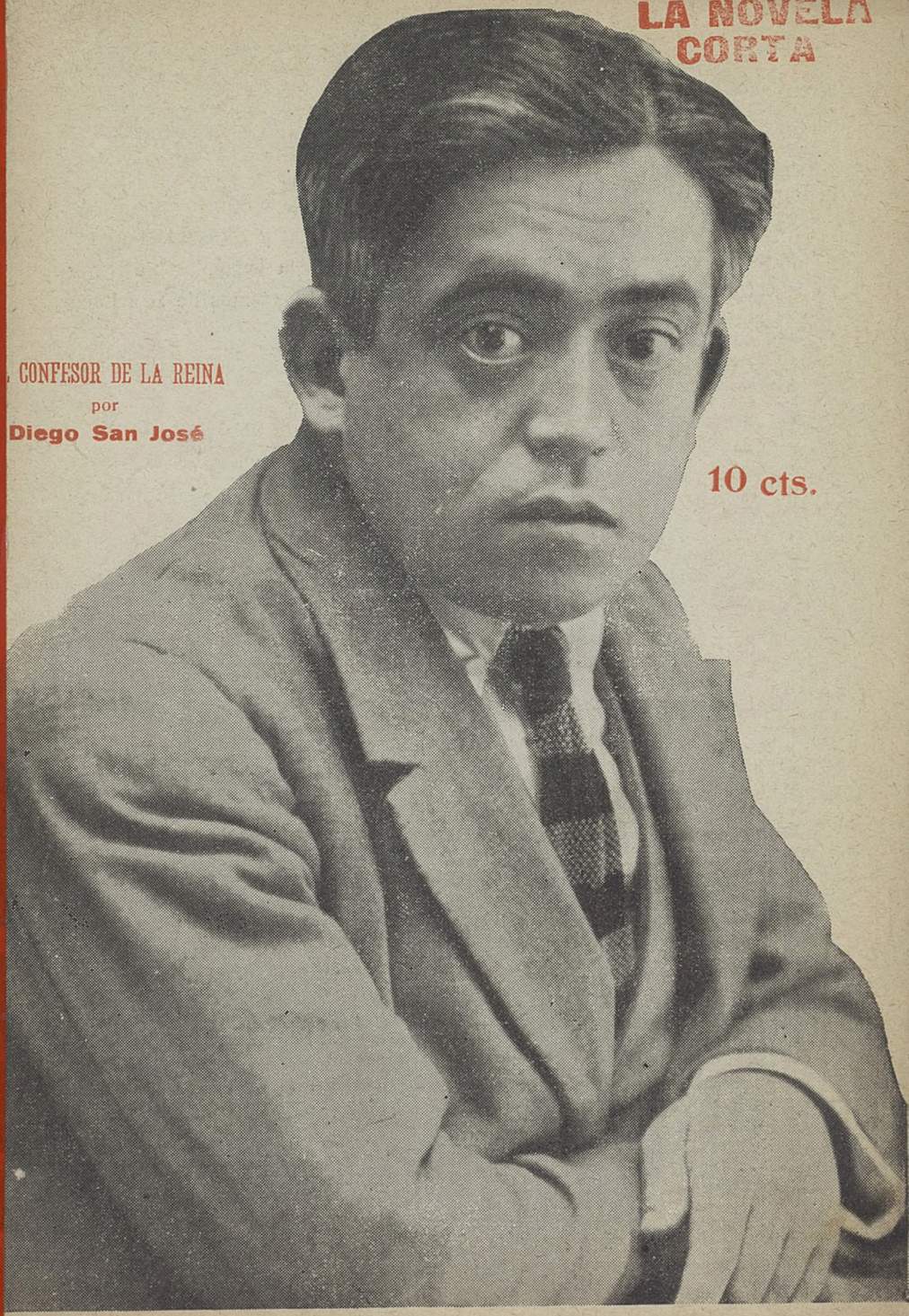


LA NOVELA CORTA

EL CONFESOR DE LA REINA

por

Diego San José

10 cts.

Año V
N.º 220

LA NOVELA CORTA

Madrid 20
Mar. 1920

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Para conmemorar la próxima celebración de la Semana Santa, esta Revista consagrará un número extraordinario a las *Parábolas y Milagros de Jesús,* tan interesante por su carácter novelesco como por la imponderable belleza de su forma literaria. Estas narraciones se ajustan a los textos de San Lucas, San Mateo, San Marcos, San Juan.

PARÁBOLAS Y MILAGROS DE JESÚS

MILAGROS. — Las bodas de Caná.—La hija de Jairo.-El ciego de Bartimeo. —Los panes y los peces.-Los diez leprosos.-Jesús camina sobre las aguas. - La suegra de San Pedro.-Lázaro de Bethania. -El paralítico de la piscina.-Un milagro de amor

LAS PARABOLAS.---El sembrador.--- El hijo pródigo.---El príncipe y el deudor.---El fariseo y el publicano.---Los vírgenes prudentes y las necias.- El samaritano.---El rico fastuoso y el pobre Lázaro.---El trigo y la cizaña.---La viña plantada y arrendada.---La oveja descarriada.

LOS RASGOS. --- La mujer adúltera. --- Jesús entre los niños. --- Jesús arroja del templo a los mercaderes,

LAS SIETE ÚLTIMAS FRASES DE JESÚS.—Visión preliminar de la Pasión. ¡Padre mío, perdónalos porque no saben lo que se hacen!--- En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraiso. --- Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre.--¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abondonado? --- Tengo sed. --- ¡Todo está consumado! --- En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Este número se publicará independiente de nuestro número del sábado.

Aparecerá el Jueves Santo

El confesor de la Reina

Relación de un episodio fernandino

POR

Diego San José

I

FERNANDO TIENE UN AMIGO

Finaba una fría tarde otoñal, que (más parecía de invierno), del año de gracia 1826, en que regía los destinos de España el señor rey don Fernando VII, de infelice memoria.

El Deseado monarca, hacía más de dos meses que descansaba de su gobierno, en el plácido y austero sitio de El Escorial. Allí no se acordaba, o mejor dicho aparentaba no acordarse de que pesaba sobre su cabeza la corona de San Fernando, quería como el fundador de aquel Real Sitio parecer un monje más, perc no lograba engañarse a sí mismo sino cuando daba en asistir al coro, en que solía tomarlo con tan fanática misión, que sus preces alzábanse sobre las de todos los reverendos, y a las veces llegó a sufrir paroxismos tan internos que cayó rodando estruendosamente, con los ojos extraviados y echando espuma por la boca, como un poseso o como un caballo reventado, que nunca tuvieron en é estos accidentes la sencilla grandiosidad que diz que habían en Santa Teresa en San Juan de la Cruz, o en San Francisco de Asís, cualquiera de los bienaventurados del Altísimo, que entregábanse en cuerpo y alma a su místico amor.

Su Majestad, porque no le cupiera cosa buena en el espíritu, era fanático pero no creyente de corazón; pues nunca fué piadoso ni caritativo, ni usó de su poder con aquella mesura y aptitud que recomienda el Evangelio a los poderosos de la tierra, sino que tomaba de la religión lo que más le convenía.

Los buenos Jerónimos que tenían a su cuidado el Monasterio, estimábanl tanto como sus antecesores estimaran y adularan a Felipe II, porque traíales como decirse suele, *en palmitas*, y todo le parecía poco en tratándose de hace bien por la santa casa.

Así este desaprensivo soberano que no tuvo inconveniente (porque le iba s

parte en el negocio), de comprar una escuadra podrida, cuyo gasto trajo a mal traer por mucho tiempo al tesoro público, juzgó que se compraba un puesto en el cielo dando un millón de reales por dos púlpitos de pésimo gusto, que habrían de colocarse a entrambos lados del altar mayor. Claro, que el precio de estas tribunas del Espíritu Santo como el de la inservible flota, no salieron de su bolsillo particular, sino del pueblo, que es quien pasa siempre así los capríchos como las necesidades de sus monarcas.

—

Tras de un amplio ventanal que daba al espléndido jardín del monasterio, miraba el Rey, como el sol iba a esconderse al otro lado de las altas lomas que circundan el valle. Los añosos arbustos que son gala y centinela de aquel magnífico recinto, dorábanse melancólicamente con la postrera luz del día.

Fuera, sopla el viento con terrible ímpetu, y a veces retumba en la concavidad del valle con barruntos de tempestad. No dijeran sino que quiere hacer alguna de las que suele, e intenta como antaño alzar cual si fuesen plumas las pesadas pizarras de los tejados.

Un mozo del monasterio que a aquel tiempo se aventura a cruzar el jardín llevando sobre la cabeza una gran batea de pan, se ve y se desea para librarse de la enigma del viento, que pudiendo al cabo más que el hombre, arrebátasela de un soplido, y llévasela en volandas mientras el suelo queda sembrado de panecillos, y el cuitado va a dar violentamente contra un árbol al que le es forzoso asirse, sino quiere correr la misma suerte que la maltratada batea.

Fernando que es cristiano de buena índole, y goza con las venturas del prójimo suelta una estrepitosa carcajada, acompañándola de un taco redondo de aquellos que tan líndamente salpimentaba la tertulia de su desaparecida camarilla, compuesta por Chamorro, Ugarte y el Embajador Tartícheff.

Como al conjuro de la risa, y al eco de la palabrota abrióse una puerta disimulada por un tapiz, y apareció un hombre alto y enteco, completamente vestido de negro, como lacayo de funeraria. Semejábase más a este empleo el ir aún vestido según la costumbre de Carlos IV, sino que en lugar de la peluca empolvada, traía un cabello natural, que era negro, tirando a cano y recogido en coleta.

Terminaban de aderezar su faz huesuda y melancólica, unos descomunales espejuelos con armadura de concha, que dábanle todo el tétrico aspecto de un notario eclesiástico del Santo Oficio.

—Así me place ver a vuestra majestad, con cara de risa—, dijo, frotándose las manos frailunamente, mientras se encaminaba hacia el balcón—, veamos que es lo que os tiene de buen humor.

Refirió Fernando el percance del mozo y rió también el recién llegado.

—Siento que no lo haya visto Navarro—, arguyó el rey—porque de seguro es que soltara alguna chanza de las suyas, y hubiéramos tenido broma para rato.

—Yo de mí se decir que los únicos que me hacen reir—apoyó el enlutado—son él, cuando suelta una andaluzada, y Guzmán en el entremés de los chorizos.

—Y eso que tú Grijalvilla eres difícil de divertir—prosiguió el soberano—. Pocas veces se te ve con cara de risa.

—Pero, no dirá vuestra majestad, que soy huraño; yo no tendré un amigo íntimo en toda la corte, pero estoy por decir que tampoco hay nadie que me quiera mal.

—Porque piensan todos que no pasas de ser un pobre covachuelista, sin influencia consigo—siguió Fernando—, pero que se enteren de que eres quien me ayuda a llevar como Dios nos da a entender a entrambos las riendas del Gobierno, que haces y deshaces a tu antojo en la máquina de nuestra política; que yo no dispongo cosa ni muevo pie ni mano sin consultarlo contigo, y verás lo que es bueno: eso sí, todo el mundo te roerá el zancajo, como le ocurría al pobre *Chamorro*; pero te harán tiras de la piel

—Vea aquí vuestra majestad el porque yo no quiero salirme de mi paso. Más seguro se va en borrico que en galera acelerada.

Fernando, extendió la diestra hacia una primorosa tabaquera de ébano, inscrustada en marfil, que tenía sobre una meseta próxima, y tomando dos aromáticos cigarros, ofreció uno a su confidente y él se dispuso a fumar el otro.

El *amigo*, tomó entonces con unas despabiladeras de plata, un ascuita de las que ardían en un diminuto braserillo cincelado, que había prevenido junto a la tabaquera, y luego de aproximada al cigarro del monarca encendió el suyo.

Fernando dió los primeros *tirones*, al magnífico veguero que despidió un delicioso aroma, y preguntó al enlutado,

—¿Has vuelto a tener noticias de Roma?

—Las que ya sabe vuestra majestad.El fraile insiste en su monomanía, y aunque no ha echado a rodar el cuento, porque sabe que con dar un cuarto al pregonero no conseguiría cosa de provecho, tiene la amenaza en pie—, respondió Grijalvilla.

—Sí que vió a mi hermano Paco—, prosiguió el rey—y éste como es tonto de capirote, se asustó en seguida creyendo que el mundo entero se nos caería a cuestas, y me aconsejó, ya lo sabes, que soltara la *mosca*; pero, yo no estoy por dar de comer a sinvergüenzas y sigo en mis trece. Ese cura lienzos no verá ni un real.

Y hará muy bien vuestra majestad. Y yo pienso que este asunto está pidiendo una solución radicalísima. Vuestra majestad, ni como rey ni como particular puede estarse a la merced de un maldiciente avaro.

—Tienes razón. Si estuviera en España ese condenado fraile ya le hubiese yo cortado los vuelos, pero hay tanto de aquí a Roma...

—Pues, y Roma no es como una provincia española, señor, y Su Santidad León XII, no es en todo afecto a vuestra majestad? ¿No rige el gobierno de la Ciudad Eterna un auditor del tribunal de la Rota, tan incondicional y partidario vuestro como don Juan Francisco Catalán?

—Así es.

—Pues, como si el frailecico estuviera en España.

—Pero, su captura es necesaria llevarla con todo secreto. No conviene dar un cuarto al pregonero; al fin y a la postre el *recado* del amigo, no es de aquellos que ponen una provincia más en la diadema de un monarca, ni de los que añaden a su historia un capítulo glorioso.

—Eso es lo que menos ha de preocuparos, porque la calumnia es de tal volúmen, que aunque ciertamente tuviese el bellaco la avilantez de echarla a rodar, no la creería nadie. No hay mujer en la tierra por infame que sea que haga declaración semejante ni aunque sepa que le va en ello la salvación del alma.

—Ya sabes que mi madre, desgraciadamente contaminada por el infame Godoy, (no me perdonaré nunca de haberle dejado con vida) era capaz de todo con tal de humillar a los Borbones.

Debéis señor, dar de lado esa suposición; y aun admitiendo (aunque ya digo que lo tengo por imposible), que vuestra augusta madre, en un momento de extravío mental como es la hora de la muerte, hubiera hecho semejante declaración, ya sabéis que son hijos legítimos los que demuestra el constante matrimonio, sin que valga contra este derecho natural ni aun las declaraciones contrarias de los mismos padres.

—Eso será dentro de la Ley, ¿pero, y el escándalo, Juan?

Por un buen espacio, amo y vasallo quedaron en silencio; al cabo, Grijalva alzóse de su asiento y dijo:

—Si me dais vuestra venia, me retiro a mi *covachuela*. Dentro de poco vendrá el correo que ha de llevarse aquellos papeles para el Consejo. Y en cuanto a esto del fraile yo os prometo señor, que cuando venga a la tertulia de esta noche os traeré resuelto el problema de hacerle callar sin que les deis un solo real de vellón de los cuatro mil duros con que sueña.

Fernando le tendió la diestra, que Grijalva no besó como cortesano, sino que

estrechó como amigo y salió de la estancia donde ya comenzaban a enseñorearse las primeras tinieblas de la noche.

Fuera soplaba el viento impetuosamente, y una lluvia copiosa y recia aumentó el mal humor de los elementos.

Retiróse el Rey de junto al balcón, y advirtiendo que era tiempo en que los padres Jerónimos acudían al coro, fuése con el ánimo muy apesadumbrado a buscar puesto entre ellos...

II

QUE HABLADURIA ERA AQUELLA QUE TRAIA TAN MELANCOLICO AL REY, Y ULTIMAS PINCELADAS EN EL RETRATO DE SU AMIGO Y CONFIDENTE DON JUAN DE GRIJALVA

Aquella mala especie que venía desde Roma, a turbar la imperdurable conciencia del Rey chispero, era ciertamente infame, por dos partes, infame si era cierta, e infame, por ser propalada por un sacerdote que la escuchó en el tribunal de la penitencia y de labios de una agonizante.

Indudablemente tratábase más que de un espíritu malvado, de un hombre a quien las privaciones y rigores de la vida trastornaran el juicio.

Fray Juan de Almaraz fué el último confesor que tuvo en su destierro de Roma la ex-reina de España, María Luisa, quien quiso favorecerle en su testamento, dejándole un legado de cuatro mil pesos.

Mas acaeció que como Fernando VII no tomó en consideración las últimas voluntades de sus padres, y menos si traían aparejadas partidas de dinero, pues ni aun quiso reconocer sus deudas, quedóse Fray Juan sin la manda de su hija de confesión, por más reclamaciones que hizo a la corte de España.

De allí a poco el mísero tonsurado, muertos los reyes padres (pues el pacífico Carlos IV, no tardó más de diecisiete días en seguir las huellas eternas de su veleidosa consorte), vióse en el mayor desamparo, sin tener a quien acudir; pues todos eran hechura del nuevo monarca.

Acosado por las privaciones Fray Juan de Almaraz, no vió otro medio que amenazar para hacer valer sus derechos.

Y era la amenaza, publicar el terrible secreto que María Luisa le hizo en su última confesión, el cual estaba autorizado para hacer público tan pronto como ella desapareciera de los caminos del mundo.

El secreto era que ninguno de los hijos habidos durante su matrimonio podía llamar padre a Carlos IV, de suerte que la rama de los Borbones podía darse por finada en Carlos III.

Si aquella manda no le era satisfecha, creía llegado el momento de propalar el secreto, para lo cual, proponíase reunir al Cuerpo Diplomático.

Ello puso en notable cuidado al Rey, quien pensado que ya era demasiado tarde para usar como mordaza los cuatro mil duros del legado; pues siempre quedaba la amenaza en pie, que Almaraz usaría de continuo, no pensó sino en buscar todos los medios para apoderarse del osado clérigo.

La única persona que sabía que este pesar quitaba el sueño al hijo de María Luisa y de... Carlos IV, era don Juan de Grijalva, el luctuoso personaje que en el precedente capítulo se ha visto departir tan a mano a mano con el augusto individuo.

Nadie en la corte sabía que gozaba de tal predicamento con la regia persona.

Todo el mundo pensábase que no pasaba más allá de su cargo, que era el de secretario de la real estampilla. Parecía hombre modesto y poco ambicioso de honores, pues nadie le vió valerse de la intriga para mejorar de empleo y jamás

se supo que hubiese molestado (como suele ser tan corriente entre las gentes que viven de la sangre de la nación) con peticiones para parientes o amigos pobres.

Y, sin embargo de esta humilde apariencia, que parecía el único mortal contento con su suerte, disfrutabatalpredicamento y ascendiente, que no había cosa que el monarca no le consultase, ponía y quitaba ministros, concedía premios y daba castigos a su antojo y placer. Era, en fin, el verdadero inspirador de aquel monarca, que para ser en todo distinto a cuantos hasta entonces agobiaron el trono de España, gustaba de tener sus favoritos en la sombra...

Su empleo no era más de un pretexto concertado con el soberano para vivir dentro de Palacio y ser un espía de cuanto en él aconteciera, así en las altas esferas de la política, la servidumbre y la diplomacia, como en los bajos menesteres, pues no teniéndole nadie por quien era en realidad, no solían guardarle cuidado.

Era el verdadero duende del Alcázar.

En las habitaciones regias no entraba jamás por las antecámaras y recibimientos, sino por una puertecilla secreta que comunicaba directamente con su aposento al través de un angosto y oscuro pasillo; y no eran pocas las veces que el rey ahorrárale este trabajo presentándose en las habitaciones de su fidelísimo lebrel.

Muchos había que al caer de la gracia del soberano no explicábanse la causa, y si hubieran tenido calma bastante para detenerse a pensar, hubieran podido acordarse de algún rato de conversación habido con el melifeno secretario, mientras veían consumirse en azuladas espirales algún rico veguero, que no hay cosa que tanto abra las fuentes de la expansión amistosa que un cigarro fumado en camaradería...!

III

LA TERTULIA DEL REY

Fernando VII, que introdujo en la vida de la monarquía española costumbres democráticas, que no consentía en la vida nacional, adoptó la de comer en familia y la tertulia con su camarilla después de la cena.

En el Real Sitio de San Lorenzo no era tan animada ni solía durar tanto como en el Alcázar de Madrid. No era tan animada, porque ya no asistían Chamorro ni Ugarte, que con su ingenio de plazuela solazaban muy bien el espíritu del monarca, y no era tan duradera porque en El Escorial no se prestaba para correrías nocturnas como lo eran las tabernas y lupanares matritenses.

Hacían, pues, la velada de Su Majestad el Prior del Monasterio Fray Juan Valero, el Duque de Alagón, capitán de sus guardias, el ya conocido don Juan de Grijalva, que apenas si osaba despegar los labios, de suerte que todos le tenían por un bendito, que más que a distraer el ánimo durante dos horas, acudía a recibir órdenes del soberano. Algunas noches asistía también un oficial de Marina, llamado Navarro, agregado al Cuarto Militar del rey, por quien éste sentía cierto afecto porque, a fuer de buen andaluz, era dicharachero e ingenioso, y con él no había un momento aburrido en toda la velada.

Fernando, como suele decirse, tirábale de la lengua y le hacía referir en manera donosa y amena todas las mentiras que florecían en su fácil imaginación.

Y no se piense que el militarcito fuese una figura decorativa de estas que sólo se lucen en los salones cortesanos y en las paradas de gala, que había fama de haber probado diversas veces su valor y audacia en la mar, tan bien como lucía su travesura y gracejo cada noche en la cámara del *Deseado*.

La noche que siguió a aquella tarde melancólica en que el rey departió con su confidente, mirando los espléndidos jardines del Monasterio, acudió Grijalva por su puerta secreta antes de que llegase ninguno de los cotidianos personajes. El

rey acababa de levantarse de la mesa. En el Escorial por guardar los lutos de sus frecuentes viudedades, sentábase solo a la mesa.

El monarca entró fumando con aquella pertinacia que había por costumbre. Era el primer rey de España que tomara gusto al tabaco, y con tal ahinco lo hacía, que con un puro encendía otro. Así diríérase que aquel desprendimiento del labio inferior, más que característica de su raza, era pesadumbre del cigarro. Sin duda que de haber alcanzado unos años más de vida, hubiese podido contar entre sus achaques el cance del fumador.

—Hola—dijo al ver a Grijalva—. Temprano vienes. ¿Qué traes de nuevo para que te hayas adelantado a los demás?

A que respondió el otro, poniendo unos pliegos sobre la mesa:

—Primero firme V. M. estos papeles para que los que están al llegar no entiendan que he venido sino a cosas de mi menester.

—¿Qué son?—dijo Fernando.

—No sé—replicó Grijalva—, papeles; el caso es que crean que yo no puedo venir aquí sino a mi deber, y si después me quedo, es por la bondad de vuestra simpatía.

Esto lo dijo aderezando su rostro con una maliciosa sonrisa y continuó mientras el rey garateaba su nombre en los amplios papelotes.

—He meditado sobre lo que se dignó V. M. hablarme esta tarde, y ya me parece que tengo cogido el cabo de la cuerda que nos ha de traer a ese bandido con cogulla, que llaman Fray Juan de Almaraz.

—¿Sin escándalo? No vaya a ser peor el remedio que la enfermedad—atajó el rey, que tenía más miedo al entredicho que pudiera caer con motivo de aquella calumnia, que tuvo cuando, siendo príncipe deAsturias, conspiró contra la vida de sus padres.

—Sin escándalo—afirmó rotundamente Grijalva—. Es un verdadero plan de folletín a la francesa, con raptos, pero sin incendios ni muertes.

—¿Y con quién cuentas para ello? Porque ello no es cosa que puedas hacerlo tú solo.

—Tengo un podenco de olfato tan fino y tan seguro en la presa, como no tuvieron vuestro padre y abuelo en sus magníficas jaurías.

—¡Quién es?

—Pérez Navarro.

—¿El marino?

—El mismo, señor.

—¡Hum!...—rezongó el rey, dando una formidable chupada, tras la que se llevó medio puro.

—¿Desconfiáis, señor?—apoyó el secretario—. De Navarro os fío yo como de mi propia persona. Es hombre que me debe cuanto es, y por corresponderme de alguna manera, me daría la vida si se la pidiera. Por mí le habéis conocido, y éste será el primer favor que solicite de él.

—Y bien, ¿qué tiene que hacer?

—Traernos al fraile. Mañana mismo, si vuestra majestad no dispone otra cosa, saldrá para esta comisión.

—¿Y cuál es mi papel en esta intriga?

No más de escribir una carta de vuestro puño y letra a Su Santidad León XII, aunque creo que no será necesario hacer uso de ella, y firmar una credencial para el gobernador de Roma. Pero calle vuestra majestad, que parece que ya van llegando, pues oigo los pasos de Fray Juan Valero, que parece una ballena con hábito.

En efecto, una descomunal figura apareció en la puerta del aposento, y poco después, contoneándose como un navío abarrotado, entró el reverendo prior del monasterio.

Y uno tras otro fueron llegando en seguida los demás cortesanos, que se honraban con distraer el aburrimiento del monarca.

Fué el último de todos aquel oficial de Marina, por cuya fidelidad y arrojo abonara con tanto entusiasmo el amigo del rey.

Este, aquella noche estuvo más insinuante y deferente con él, y no dejaba a su modo solapado de ponerle a contribución el ingenio y la travesura para ver si ciertamente podría ser hombre de provecho, capaz de salir bien de la difícil empresa para que Grijalva le había señalado.

Las horas de tertulia transcurrieron con la monotonía de costumbre, aunque se habló menos, porque Fernando, preocupado con su idea, no estaba tan locuaz como solía.

Al sonar las diez en el reloj del monasterio, alzóse el rey y dijo:

—Señores, hasta mañana, si Dios quiere.

Y tras de besarle la diestra, salieron, quedando el último don Juan de Grijalva, quien dijo al despedirse:

—Esta noche dispondré lo necesario y mañana saldrá Navarro para Roma.

—Mucha prudencia, por Dios—exclamó Fernando.

—Ni él mismo sabrá nada hasta el preciso momento de poner el pie en el estribo.

Al salir, aún se halló en la antesala al marino. Al pasar junto a él deslizóle al oído estas palabras:

—Mañana, en toda ella, no salga usted de casa.

Y sin decir más, embocó en un estrecho corredor y desapareció como un duende.

UN VIAJE IMPROVISADO

Pérez Navarro no tenía otros cuidados en el Real Sitio que el afecto de su anciana madre y el cortejo de una linda moza. El servicio dábale poco que hacer, porque el monarca no tenía aquella debilidad por las cosas de mar que tuvo su tío el infante don Antonio Pascual; hubiera estado al servicio de éste y ya habríale dado tarea en el mar de Ontizola y en los estanques de la Casa de Campo.

Era la obsesión de su imbécil Alteza; así solía decir:

—A mi sobrino, por tierra, y a mi por mar, que nos echen gente—. Porque para mayor escarnio y burla de la nación, aquel majadero era generalísimo de la Armada.

Toda la mañana estuvo Navarro esperando las órdenes de Grijalva, y así no salió en toda ella ni a ver a su buena moza en la Lonja, como tenía por costumbre.

Cuando ya pensaba que no se acordara de él y estaba de mal humor por haber desperdiciado la mañana y presagiaba la escena de celos que aguardaríale para la tarde en la *Herrería*, si daba en sostenerse el tiempo apacible, entró su asistente con un pliego. Rasgó el sobre y hallóse con una carta de Grijalva, breve y concisa como la persona que hubo de escribirla.

Decía de esta suerte:

«Querido Navarro: Es menester que antes de las tres de esta tarde venga usted a Palacio. Es asunto de extrema urgencia y por todo extremo reservado. Busque un hombre de toda su confianza; no es necesario que sea persona de talento ni de clase, sino fiel a toda prueba.

Suyo,

Grijalva.»

—

Minutos antes de sonar las tres en el reloj del Monasterio, entraba Pérez Navarro en Palacio, acompañado de su asistente, un marino andaluz como él y también decidido.

En más de ocho años que llevaba a su lado, había tenido hartas pruebas de su honrada fidelidad, y así pensó que nadie mejor podría servirle para la incógnita empresa que hubiera de emprender.

Ya le esperaba el íntimo de Fernando, y por distraer el tiempo entreteníase, en poner polvo de rapé en una primorosa tabaquera de ébano incrustada en nácar.

—¿Tardé, Don Juan?—preguntó el marino.

—No, por cierto,—respondió el otro sin dejar su operación—aun faltan cinco minutos para que sean las tres.

—Pues, aquí me tiene usted a sus órdenes y deseando saber en qué cosa puedo serle útil, para empezar a servirle.

—De eso vamos a tratar ahora mismo. Haga el favor de sentarse. ¿Quiere un polvo de este riquísimo rapé? Descarga la cabeza a las mil maravillas o prefiere usted un buen habano,—continuó muy solícito el secretario, presentando entrambos ofrecimientos al recién llegado, el cual respondió uniendo la acción a la palabra:

—Acabo de tomar café, y entiendo que el tabaco puro habrá de hacerme más provecho.

—Como usted guste.

Grijalva encendió otro aromático cigarro de aquellos mismos que fumaba S. M. y tomando una silla fué a sentarse junto al oficial, y sin darle preparación alguna, disparóle a quemarropa estas palabras.

—Va usted a emprender un viaje largo.

—Cuando usted mande dispondré la marcha.

—Ahora mismo.

—¿Ahora mismo?

—Sí señor, en cuanto le dé a usted unas breves instrucciones.

—¿Y a dónde?

—Por lo pronto a París. Allí nuestro Embajador le dará más detalles, yo no puedo decirle una palabra más. ¿Ha venido con usted el compañero que le encargué?

—Espera en la antecámara. Es mi asistente. Como usted me dijo que solo es menester que sea hombre de confianza...

—Nada más.

—Muy bien, pues dentro de diez minutos habrán tomado ustedes el camino de Francia. ¿No ha visto en la puerta una silla de postas?

—Sí, señor y pensé que era de algún alto servidor que habría de partir para Madrid.

—Pues es la que ha de llevarse a usted... donde sea.

—Bien, pero me permitirá usted ir a despedirme de mi madre, y... de alguien más, que usted no ignora; tomar alguna ropa...

—En todo eso se pierde un tiempo precioso, y no podemos desperdiciar ni un segundo—atajóle Grijalva, inexorable—de su madre y de ese alguien más que no ignoro, yo me encargo, a la primera no le faltará nada y la segunda estará perfectamente tranquila durante su ausencia; fíe en mí pues sabe que soy buen camarada. En llegando a Francia comprará usted cuanto necesite. En París recibirá usted un pliego que le entregará el Conde de Ofalia, nuestro Embajador; entonces sabrá usted cuanto hoy ignora respecto a este imprevisto viaje, y con su buen ingenio y desembarazado despejo, hallará usted medio de llevar a cabo lo que se le encarga que es cosa que conviene a la salud y fortaleza de la monarquía. Para los primeros gastos que puedan ofrecérsele hasta llegar a París, aqui tiene dos mil duros. Ofalia le dará lo que haya menester para la continuación del viaje. Y ahora, amigo mío,—prosiguió el secretario alzándose de su asiento—salud y buena suerte, que puede que esta comisión labre de oro su carrera en el porvenir.

Y andando dificultosamente, a causa de la acerba gota que padecía, acompañó al oficial hasta la puerta del monasterio, y le hizo entrar con su criado en la silla de postas.

El coche era amplio y cómodo, sin duda que más de una vez sirvió a los mismos reyes. Las arquillas del pescante, los testeros y la zaga iban abundantemente aprovisionadas de suculentos fiambres y exquisitos cigarros.

Así como se hubieron acomodado los improvisados viajeros, azotaron los postillones a las impacientes bestias y entre una nube de polvo desapareció el pesado armatoste hacia el camino de Francia.

SEGUNDA PARTE

I

DE PARÍS A ROMA

Como la causa del viaje parecía urgente, y los tiros de la posta eran inmejorables, tanto los que salieron de El Escorial como los que mudaron en las distintas jornadas, en menos de quince días plantáronse nuestros amigos en París.

Eran cosa de oir los supuestos y cavilaciones en que distraían las pesadas horas del viaje, pues que iban como con los ojos vendados. *Curro*, el fiel asistente no dejaba de hacer preguntas a su amo, y ante lo vago de las respuestas urdió las más absurdas suposiciones.

Pérez Navarro, tenía la certeza que era algún grave secreto del Estado lo que de una forma tan brusca le arrancara de junto al cuidado de su madre y el querer de su novia. A entrambas procuró tranquilizarlas escribiéndolas desde Burgos.

Ni una línea en cambio quiso poner a Grijalva porque no entendiera, que por cultivar los afectos desatendía el cuidado de su misteriosa empresa.

—

En París detuviéronse solo el tiempo necesario para que el Embajador Conde de Ofalia le entregara los documentos necesarios para servir en Roma el cuidado del rey.

—Nada puedo decirle a usted—del objeto de su viaje,—díjole su excelencia—no más tengo orden de entregarle estos papeles. Una vez en el coche abra usted el sobre y en él encontrará las instrucciones necesarias. Dentro van unas cartas autógrafas de S. M. para el Papa, de la que solo hará usted uso en caso necesario.

Proveyóle luego de dinero, y con la misma cortesía que Grijalva a la puerta del monasterio, acompañóle hasta el coche; estrechóle la mano afectuosamente y le deseó buen viaje.

Menos ceremonias, (aunque no fueron muchas,) quisieran los viajeros que gastara nuestro representante en París, pues no ansiaban sino quedársele solos para saber lo que pudiera habérseles perdido en la Ciudad Eterna.

Así como el coche dejó de rodar por las calles de la vieja Lutecia, y se internó en el campo buscando el camino de Roma, rasgó Navarro el abultado sobre, y *bebió* en sus pliegos con la misma fruición que un sediento en las limpias y cristalinas aguas de un manantial...

El objeto del misterioso viaje, no era en efecto otro que el de apoderarse de Fray Juan de Almaraz confesor de la reina María Luisa, y traerle consigo a España, sin que nadie pudiera advertirlo, a fin de que no circulara el suceso y fuese escándalo del mundo.

El asistente no dejaba de hacerse cruces, y preguntar a su amo que si el llevarse a cuestas un fraile como quien se lleva un fardo, no sería pecado mortal, pues él ante todo era cristiano viejo y no quería condenarse.

Navarro quitóle tales escrúpulos con decirle en aquel tono zumbón tan peculiar suyo.

—No hijo, no te asustes, que lo que vamos a hacer antes es virtud que pecado. Mira, si nos mandasen a España, muchos marinos como nosotros para que cada uno cargase con un fraile... Quedaría aquello como un trigal sin gorriones...

Con esta explicación quedóle al mozo la conciencia más que tranquila, pues para él las palabras de su amo tenían más fuerza que las que están escritas en los Evangelios; acomodóse lo mejor que pudo, reclinó la cabeza sobre el testero y de allí a poco dormía como un bendito...

Don Juan Pérez Navarro, comenzó a urdir su plan.

Verdaderamente el asunto era comprometido, merecía madurarse mucho, pues habría de valerse en absoluto de la astucia. Iba muy bien con su temperamento burlón y enredador, y hasta tenía gracia. El que jamás había raptado una moza, tener que devanarse los sesos para robar un fraile...

II

FRAY JUAN DE ALMARAZ

Ciertamente que la vida de su reverencia no podía ser más angustiosa y miserable, en la misma urbe del mundo católico; el ombligo de la cristiandad, como quién dice.

El que había sido descargador de la conciencia de una reina, a la hora en que se comienzan estas páginas hallábase harto más apurado que un descargador del Tiber.

Solo teníanle un poco las migajas que caían de la mesa de algún cardenal, y tal misa de última hora, concedida por misericordia...

A la verdad, con su facha de pobrecito de Dios, no era el hombre ningún aprendiz de bienaventurado, de aquellos que después de las jornadas de este mundo dejan su huella en los altares ni en los ejemplos de virtud cristiana. Tenía el aspecto beatífico, pero el alma era en todo de jesuita, aunque no pertenecía a esta orden.

Viendo que aquella manda de María Luisa quedábasele entre las uñas de Fernando, no tuvo inconveniente alguno para no dejarla escapar, en urdir aquel cuento de última hora.

Sin duda que hubo de pensar para su cogulla:

—A quien tantos escándalos dió poniendo a su marido en tan ridículos trances no ha de marchitarle su fama un capítulo más.

Y allá lo echó a rodar hacia el Palacio de Oriente.

Cierto que antes había rogado con toda humildad su derecho en memoriales, y solicitudes que eran rasgadas por Fernando sin acabar de leer. Cuando el Infante Don Francisco de Paula estuvo en Roma por los años de 1826, le visitó y volvió sobre su tema.

Su Alteza creyó que aquel hombre pedía en justicia y de vuelta a Madrid trasladó el ruego al rey su hermano, pero éste dió la callada por respuesta, y entonces fué cuando el desdichado clérigo viéndose abandonado, dió en el mal negocio que pensó fuera huroncillo para sacar de la faltriquera del rey de España, los cuatro mil duros del legado.

Asustado ya por su disparatado plan que andaba como huido por toda la ciudad, sufriendo el escarnio de los chiquillos que le creían loco.

Muchos días ni aun atrevíase a salir de su casa, si no había misa, por no dar ocasión a la desconsideración de las gentes.

III

LOS ESBIRROS DE FRAY JUAN EN ROMA

Con la llegada a la Ciudad Eterna de Pérez Navarro y su asistente coincidía la arribada al vecino puerto de Civita Vechia, de la fragata *Manzanares;* allí había de esperar las órdenes del oficial cortesano y estar dispuesta para hacerse a la vela tan pronto como él lo ordenara.

La cristianísima metrópoli, con ser harto interesante, tuvo pocos encantos para el amo y el mozo. El primero con preparar la coartada en combinación con el Gobernador y el segundo espiando al P. Almaraz, así como dieron con él tenían harto en que entretenerse y no era poco si habían de llevar el empeño con la presteza y sigilo que tanto fuera recomendado por el amigo y confidente de su majestad fernandina.

—Es mucho cuento—, solía decir *Curro* mientras espiaba los solitarios paseos y las ridículas extravagancias de Fray Juan, que de puro maltratado por las privaciones hablaba y gesticulaba en plena calle—es mucho cuento que un hombre de mis prendas tenga que andar a todas horas detrás de un cura loco, sin poder dedicar cinco minutos a una romana de éstas, y que no me pondría yo pesao con algunas; hasta que no me pasara del peso no la iba a dejar...

Pero tenía que aguantarse las instrucciones y no perder uno de cuantos pasos se le ocurriera a dar al bueno del fraile, y como el hombre por razón de su sinrazón andaba maquinalmente, le daba cada paseo que le tronzaba.

Cuando estaban en mitad del campo dábase a perorar, contando sus apenadas cuitas al cielo, a los árboles, a los arroyos y a los pájaros.

Curro le miraba de lejos y llevándose el índice a la sien, decía:

—Chaveta *perdío*. Tú verás dónde vas a ir con todas esas monsergas.

Menos malo que de su pleito sólo hablaba a solas, y para las calles solo guardaba los aspavientos y las gesticulaciones.

Había que oir a *Curro* por la noche dando razón a su amo y paisano de los sitios que había recorrido.

—Ese tío—decía—es un caballo loco. Hoy hemos *andao* lo menos tres leguas. Tomó camino adelante como una bala, y entendí que él mismo se iba para la fragata. Dí un suspiro como para que llegara hasta sus velas, y pensé: Permita Dios que estés tan loco, que te vayas tú mismo a la ratonera.

—Poco te queda ya—decíale Navarro—porque ya está todo concertado, y cuando menos se espere, se encontrará nuestro hombre con rumbo a España.

—Yo le agradecería a su merced—suplicaba el asistente—que si pudiera ser mañana mejor que pasao, porque es un poblacho más feo que Madrid; no se ven más que casas viejas y a más estas gentes son más vagas que las de nuestra tierra; tienen por ahí un montón de escombros de hace no sé cuantos miles de años, y todavía no han tenido un cochino volquete para llevarlos a un vertedero. *Dejaos* somos por allá, mi amo, pero no tanto, ¡jinojo!

Navarro divertíase mucho oyendo las impresiones artísticas que causaba en Curro la metrópoli del cristianismo. Ello acertaba a distraerle algo de la nostalgia que sentía de aquel rinconcito de El Escorial, donde había una reja con flores y dentro de ella una mujer bonita.

Algunas tardes a punta de noche también el oficial se apostó en la apartada calleja donde habitaba Fray Juan. Veíale llegar triste y cabizbajo, seguido siempre de lejos por Curro.

Placíale mucho de que la calleja fuese solitaria y no tuviera más de la lámpara de un retablillo por todo alumbrado; así se podría llevar mejor a cabo su plan.

IV

EL RAPTO DE UN MINISTRO DEL SEÑOR

En efecto, como había pronosticado D. Juan de Grijalva; no fué menester que Navarro entregara al Pontífice la carta de Fernando VII; bastó solamente con que mostrara sus credenciales secretos al Gobernador de Roma, don Juan Francisco Marco Catalán.

El Papa no hubiese dejado de satisfacer el deseo de su majestad por cuanto era decidido partidario del absolutismo más severo, del cual dió patentísimo ejemplo, separando del Vaticano al cardenal Gonzalbi, secretario perpétuo de Pío VII.

Pero este era asunto en el que el rey de España quería los menos interventores posibles y así se aderezó todo, sin otra intervención que los dichos personajes.

Una desapacible tarde de fines de octubre tornaba el malaventurado clérigo de su paseo.

Había pasado ya ante el retablillo mal alumbrado y ponía el pié en el escaloncillo que daba acceso al zaguán de su pobre vivienda, cuando del hueco de un portal vecino vió destacarse cuatro hombres.

Llegáronse a él con mucha cortesía y aun alguno de ellos trayendo el sombrero en la mano, preguntóle si por acaso era el P. Fray Juan de Almaraz, y habiendo respondido que sí aunque con resabios de algún temor, díjole que hiciese merced de guiarles a sus habitaciones.

Alborotóse un tanto su reverencia, pero empujándole suavemente hacia la escalera, le tranquilizaron diciéndole que nada temiera, pues no era sino para su bien.

Una vez dentro díjole el más cortés de todos:

—Vuestra reverencia siéntese en esa silla sin cuidado alguno, y déjenos a nosotros prepararle el viaje.

No tenían que incomodarse mucho, pues la habitación sólo se componía de dos piezas, en la primera había una mesa de pino, un sillón, y junto una alacenilla con media docena de libros y unos legajos de papeles.

Apoderáronse de ellos y de las pocas ropas que encontraron, y ofreciendo el más autorizado (que no era otro que Pérez Navarro), el brazo al espantado clérigo, volvieron a tomar el camino de la calle. El viejo estaba tan asombrado por aquella inesperada aventura, que no acertaba a concertar en sus labios ni una palabra de protesta.

Una vez en la calle encamináronse a la plaza de España, que estaba contigua. Adelantóse a recibirlos una magnífica silla de postas escoltada por un piquete de escopeteros españoles.

En este momento salió Fray Juan Almaraz de su estupor y comenzó a resistirse y a pedir auxilio con desesperadas voces diciendo que aquellos hombres eran criminales que le secuestraban para traerle a España en donde habrían de quitarle la vida.

La poca gente que transitaba a tal hora por aquellos lugares fué congregándose en rededor del carruaje, y algunos balcones y ventanas llenáronse de curiosos.

Mas el sereno ingenio de Pérez Navarro y la cachazuda sorna de *Curro* dejaron tranquilos los ánimos.

—Serénese vuecelencia, señor duque,—decía el asistente al clérigo. Mire que es para su tranquilidad. ¿No le dá sosiego ver reunidos a su sobrino D. Carlos y a toda su rendida servidumbre...?

Y Navarro a su vez exclamaba, dirigiéndose a los circunstantes:

—No es nada, señores, un caso desgraciado que a nadie puede interesar má

que a la familia de este infeliz. El es un grande de España, honrado con ilustres títulos y lleno de riquezas. Tiene la razón perturbada por la monomanía religiosa, y se empeña en pasar por clérigo. Su familia ha conseguido dar con él y así no queremos más de tornarle al seno de ella con el debido cuidado.

Fray Juan que tal escuchaba, gritaba con más brío, que aquello era una impostura, pues él no tenía más honores que su santo ministerio, ni otros bienes que el tesoro del cielo.

Los curiosos quedaban aún más convencidos con tales protestas de que era un infeliz perturbado e íbanse retirando con muestras de muy dolida y sincera compasión.

Al fin la posta, que según la riqueza que mostraba por de fuera como por de dentro era digna de un linajudo prócer, partió al galope de las poderosas bestias, que se perdieron por las tortuosas calles de Roma, y de allí a poco tomó el camino de Civita-Vechia...

En todas las posadas del camino había caballos de refresco, a fin de no hacer parada alguna y llegar de un sólo viaje al puerto donde había de tomarse el barco que les condujera a España.

—¡Favor! ¡Socorro! que me llevan preso—gritaba Fray Juan, tan pronto como durante el relevo de los tiros veía arremolinarse gente en torno del carruaje.

Pero allí estaba la truhanesca industria de Navarro, para desvanecer sus esperanzas de libertad, diciendo a los congregados, con el acento y el gesto llenos de compasión:

—¡Pobre tío! quien ha de pensarse al verle así en tan lastimoso estado que es nada menos que un Grande de España, casi un príncipe de la sangre! ¡A que estados tan lastimosos trae el Señor a sus infelices criaturas...!

—¡Mentira! ¡Este hombre miente como un bellaco!—protestaba el prisionero —Yo no estoy loco ni soy más de un pobre clérigo a quien al entrar en su casa ha secuestrado una partida de ladrones. ¡Socorro! ¡Auxilio, que me llevan para quitarme la vida!

Y *Curro* acudíale todo compungido como fiel servidor a quien afectaran las desdichas de su amo como si fueran suyas:

—Tranquilícese vuecencia, señor duque. Considere que en España le aguarda su familia llena de pena y con los brazos en cruz.

—Calle usted, hipócrita, asesino--rugía el fraile—. Yo no tengo a nadie en el mundo, sino es el auxilio de Dios quien no consentirá en dejarme en vuestras garras.

—La manía de siempre—apoyaban los otros.—Infeliz señor.

Y llegaron a Civita-Vechia dando al fin en la fragata *Manzanares*.

En cuanto se hizo a la vela y salió del puerto cambiaron por completo consideraciones y finezas para el pobre secuestrado.

Entre Curro y dos marineros más, le tomaron por su cuenta y a empellones y rodillazos, como si tratárase del más infame criminal de la Tierra, encerráronle en la bodega del barco prohibiéndole hablar con nadie y aún como si ello fuera poco, le amenazaron con ponerle en la *barra* si continuaba alborotando.

Y en aquel mismo punto y hora empezó para él un silencio de muerte que había de durar mucho tiempo.

Tan fuertes y terribles fueron las impresiones recibidas desde que salió de Roma, que enfermó gravemente y estuvo muy a las puertas de volverse loco.

V

EL REY EN BARCELONA

Fernando tuvo que abandonar la paz del monasterio escurialense y dedicar sus pocas dotes políticas a fortalecer las gradas del trono que amenazaban ruina inminente si no se acudía presto a ponerles puntales. Con ello fuésele esfumando también del pensamiento la pesadilla de Fray Juan de Almaraz.

Cataluña toda se agitaba en rebelión, y según tiene aquel principado por costumbre desde lejanos tiempos, se exaltaba con rugidos de independencia.

Desde la cátedra del Espíritu Santo se predicaba la insurrección, y numerosas bandas realistas engrosaban las apretadas filas de los descontentos.

Los cabecillas que el año anterior habían sido indultados, se presentaban de nuevo a combatir.

Manresa, Vich y Berga se sublevaron y formaron juntas de gobierno, compuestas en su mayoría por gentes de cogulla y sotana.

Más de cincuenta mil hombres habíanse declarado contra el poder central, tachándole de ser favorable a la Constitución.

Por todas partes se oía el grito de ¡Viva Carlos V! pues no era otro el objeto de la rebelión que colocar en el trono al hermano del rey, por creerle aún más absolutista y reaccionario que éste.

El Gabinete de Madrid, como acontece siempre que se trata de aquella región, manifestó la mayor debilidad y comenzó a hacer concesiones, cosa que no fué sino echar leña al fuego. Al fin el *Deseado*, viendo que a su corona la crecían alas, tomó la posta y presentóse de incógnito en la sublevada metrópoli.

Y aconteció que como por el entonces toda España era un pueblo sin entereza la palabra del monarca fué palabras agrada que acalló o contuvo por entonces todas las protestas y conjuraciones. Habló de suerte que los levantiscos catalanes comprendieron que con ningún otro monarca podrían tener más reacción ni más absolutismo. Ofreció el indulto a cuantos se sometieran.

Como borregos fueron tirando las armas y besaron sumisos la regia mano...: pero al día siguiente partióse el rey a Valencia, donde estaba la reina, circunstancia que aprovechó el Conde de España (sin duda advertido de antemano) para prender a los principales sometidos y ahorcarlos en seguida sin formación de causa...

De allí a poco tornó el rey a Barcelona, y muy satisfecho por la infamia del traidor conde, ocupábase en hacer salir de Cataluña y las Vascongadas las tropas de Angulema cuando la fragata *Manzanares* arribó a aquel puerto.

—

Navarrro presentóse inmediatamente a dar al rey cuenta de su cometido, y éste, viendo que ya tenía en sus garras al hombre peligroso, mostróse tan satisfecho, aunque no quiso verle, que se dignó bromear con el aprendiz de almirante, haciéndole referir en manera festiva las diferentes jornadas del rapto.

Don Juan de Grijalva mostrábase tan orondo y satisfecho de las buenas disposiciones de su recomendado y elogiaba sus cualidades como el conde de Lafére, gloriábase de las valientes hazañas del vizconde de Bragelonne.

Así como entrambos camaradas quedaron solos, dióle razón de cómo quedaban en El Escorial su madre y su novia; y sabiendo que entrambas esperaban impacientes su vuelta, no tenía más ansia que la de correr a sus brazos.

Pero el secretario, que era hombre funesto, marchitóle en flor la amoriada esperanza.

Dejóle por un momento que la acariciara y se encariñase con ella, y cuando hablaba ya de la hora en que podría tomar la posta para Madrid, le dijo:

—Muy pronto satisfará usted las justas ansias de su corazón. A lo sumo dentro de un mes.

—Pero, ¿tánto tarda en llegar la posta desde Barcelona a Madrid?—preguntó Navarro.

—Es que antes—respondió Grijalva, aderezando el enjuto rostro con la más hipócrita de sus sonrisas—tiene usted que dar exacto cumplimiento a la comisión de S. M., haciendo un viajecito a Valencia para dejar al prisionero en el castillo de Peñiscola. Su Majestad tiene particular empeño en que este negocio le acaben los mismos que hubieron de empezarle.

Y al anochecer de aquel mismo día partió Navarro con Fray Juan Almaraz y *Curro* a cumplimentar la orden del rey.

Navarro forzaba las marchas de la posta de tal forma, que aun siendo frecuentes los cambios de tiros, los pobres animales llegaban al cabo de sus jornadas a punto de reventar. Era tan grande su deseo por llegar a la margen del monasterio, que las horas se le antojaban años y los días siglos.

VI

SOLACES DE UN PRISIONERO

El alcaide del castillo de Peñíscola, Don Luis Oyarzabal, ya había tiempo que tenía instrucciones para la recepción del nuevo huésped.

Miróle con muestras de mucha compasión, porque sabía que desde aquel momento y quizás por toda la vida acababa la libertad para aquel hombre anciano y valetudinario.

Conforme a las instrucciones recibidas y a las que Navarro llevaba, encerró al P. Almaraz en la torre más alta del castillo, donde no había más que una angosta ventana defendida con fuertes barrotes, por donde podía distraerse contemplando a su sabor el paisaje.

—Padre,—le dijo el buen alcaide, que no era de la mala condición y endurecidas entrañas que aparecen siempre los individuos de su clase en las novelas terroríficas. Harto me pesa del rigor que tengo que mostrar con su reverencia, pero soy mandado y nada puedo hacer por mi parte que contribuya a mejorar su triste situación. Este torreón que será su celda, se abre ahora por última vez. Aquí permaneceréis hasta que Dios o el rey quisieren. No entrará carcelero alguno, ni yo siquiera, de suerte que no podréis comunicaros con nadie. De esta ventana penderá un cestillo, en el que se le pondrá la comida dos veces al día, usted mismo tirará de la cuerda y le hará subir hasta el alfeizar. Y ahora, amigo, Dios le dé paciencia. Tenga la seguridad de que me pesa en alma este rigor, pero, soy criado del rey que es quien manda.

Y trás estas palabras, salió de la estancia; enseguida oyóse de fuera el chirriar de cerrojos y candados, siendo cada férreo sonido para el desventurado fraile, como si los sintiera dentro del mismo corazón. Tan confuso y aturdido estaba, que en el mismo escaño donde maquinalmente se acomodara al entrar, permaneció muchas horas.

Llevada a cabo esta postrera diligencia por el oficial marino y su asistente, no quisieron retardar un solo momento su regreso, y en la misma posta que habían llegado, emprendieron de nuevo su vuelta a la Corte.

Aquí acaba la intervención de Pérez Navarro y *Curro*, a los que cumplido el fin para que les necesitó Fernando VII por mediación de su íntimo confidente Don Juan de Grijalva, no volveremos a encontrar en estas páginas...

—

Don Francisco Langa, era el jefe superior del castillo como capitán general

de Valencia, y tenía buen cuidado en que el alcaide observara rigurosamente las órdenes que le fueran encomendadas.

Para la manutención del preso señaló veinte reales diarios, que no figuraban en ninguna nómina ni registro.

En la celda no había papel ni libro alguno conque el infeliz pudiese distraer el tedio y aburrimiento de las largas horas, de suerte que todo su solaz consistía en la meditación de su ligereza y en contemplar desde la alta y sólida reja el azul del cielo y la verdura de la bella huerta Valenciana.

No había más amigo que un gorrión descarado que todas las tardes iba a picotear las migajas que el pobre viejo le ponía en el poyo de la ventana. El pajarillo en fuerza de la asiduidad, se hizo menos hosco.

Todas las horas del día no le bastaban al desdichado para arrepentirse de aquella mala idea que tuvo en hacerse pasar por conocedor de la paternidad de María Luisa.

A las veces recordaba que era ministro del Señor y estaba obligado a llevar las tribulaciones resignadamente y ofrecía su prisión en penitencia y descargo de su grave culpa.

Llegó a perder la noción del tiempo, pues en su confusión de ideas no hacía memoria del día que prendiéranle en Roma, y ni aún de los que transcurrieran hasta dejarle en aquel abandono.

—

Obra de tres años llevaba el infeliz en su encierro con el rigor que se ha visto, cuando en el ánimo cobarde del *Deseado*, tornó a florecer el miedo de que la calumniosa patraña del fraile hubiese traspasado los gruesos muros del castillo de Peñíscola y se hubiese extendido por España.

—El rey no dejaba de decir a Grijalva que había que procurar la retractación absoluta del reo, declarando que todo había sido una calumnia para mancillar la *buena memoria* de la reina difunta y la *espléndida generosidad* del monarca.

Pero en este punto fué preciso pedir auxilio a otro nuevo personaje tan afecto al rey como el mismo Grijalva, el ministro de Gracia y Justicia D. Francisco Tadeo Calomarde.

El amo y el confidente estaban tan agotados de meollo, que no pensaban nada a derechas.

A Grijalva habíasele ocurrido el medio más expeditivo, que era dar al clérigo pasaporte para la eternidad, pero Fernando tuvo escrúpulo por ser la víctima ministro del Señor, y no consintió en ello.

—Llama a Calomarde, dijo el rey, y él que de suyo es travieso y de ingenio vivo, será como el Espíritu Santo que nos ilumine.

Y así fué; Calomarde halló la fórmula para tranquilizar la conciencia de Fernando:

—Señor,—dijo así como se hubo enterado del *asunto*—: a parte de que Vuestra Majestad no tiene porqué inquietarse, pues es imposible que Fray Juan pueda tener comunicación con nadie, yo cuento con quien hará esa diligencia sin miedo a que se viole el secreto.

—Habla, prosiguió Fernando—y me habrás prestado un servicio por el que te quedaré agradecido toda mi vida.

—Pues ese hombre—prosiguió el ministro—no es otro que el arzobispo de Valencia, varón sabio y justo y experto explorador de las conciencias.

—¿Y tú te atreves a responder de él?—inquirió el soberano.

—Señor—replicó D. Tadeo aderezando en su rostro una picaresca sonrisa.—Es uno de los innumerables prelados que me deben su alta jerarquía, y además pariente, de aquellos por quien vuestra majestad se ha dignado decir más de una vez en tono de chanza: ¿No tienes por ahí ningún primo a quien encasquetar una mitra que ha quedado vacante?

Fernando sonrió también al recordar que Calomarde tenía debilidad por repartir entre sus parientes y paisanos mitras y capellanías.

—Pues que tal confianza tienes en él—continuó Fernando—este será quien pida la retractación escrita a ese mal aconsejado Fray Gerundio. Procura que hoy mismo reciba la orden tu pariente...

Como administrador del arzobispado de Valencia, cuya sede estaba vacante por aquellos años de 1830, figuraba Don Pedro José Ponte, arzobispo que fué de Méjico, de cuya sede arrojaronle los insurrectos obligándole a retornar a España.

Acogióse al amparo de su pariente el ministro de Gracia y Justicia, y cómo ya se ha dicho que aunque éste fué tirano para España, no lo fué para sus deudos y advenedizos, no por ley a su familia, sino por que no llamaran a su puerta con el aldabón de la pobreza, proporcionarle el pingüe cargo siquier fuese en calidad de suplente, que disfrutaba en la metrópoli valenciana.

En efecto: Su Ilustrísima era un buen hombre, que cumplía los deberes de su alto ministerio con aquel sosiego patriarcal que encomendó Cristo a los príncipes de su Iglesia; de suerte que cuando recibió de la corte de Madrid, el encargo secreto de recoger la retractación de Fray Juan de Almaraz entendió que iba también a llevar la luz evangélica a un alma triste y acongojada, llena de pesadumbres y arrepentida, que luego había de obtener el perdón.

Como la visita había de ser de todo punto secreta, fingió con sus familiares que tenía deseos de conocer el histórico castillo, y llegado que hubo a la puerta donde fué recibido por el gobernador, quiso admirar desde sus torreones el magnífico paisaje y subió sin otro acompañamiento.

El alcaide descorrió aquellos cerrojos que no habían funcionado desde que entró el prisionero, y dando paso cortés a Su Ilustrísima dejó a entrambos solos.

VII

LA RETRACTACIÓN DE FRAY JUAN DE ALMARAZ

En verdad que si el desdichado confesor de la reina, hubiera seguido la estrecha regla y penitente vida de los venerables padres del Yermo, no estuviera más tristemente desfigurado.

Como habíasele negado toda asistencia personal, ni desde su celda veía otras personas que los labradores y huertanos que cruzaban la campiña, traía unas barbas luengas y enmarañadas hasta la cintura que más que tales creyéranse vellones de lana sucia.

Los movimientos eran torpes, y la voz trémula, balbuciente, casi inarticulada por la falta del uso durante tanto tiempo.

Así como el infeliz vió aparecer a Su Ilustrísima en el dintel, se arrojó llorando a sus plantas.

Con todo afecto y blandura le alzó el Prelado del suelo, y le condujo hasta el humilde escaño que valía de asiento; colocóse a su lado y comenzó a decirle palabras de consuelo que animaron mucho el abatido espíritu del desgraciado Fray Juan.

Le invitó a que hiciese descarga de su culpa, reconociendo como había sido una infame calumnia inspirada por el pecado mortal de la avaricia, pues que la reina jamás le hizo semejante confesión, aconsejóle que se retractase por escrito pidiendo perdón al rey, y llegó hasta ofrecerle que si se arrepentía de todo corazón, las puertas de aquella torre, abriríanse pronto ofreciéndole la ansiada libertad.

Con tan halagüeñas promesas el desgraciado siguió al pie de las letras los consejos de Su Ilustrísima e hizo luego una confesión general de sus culpas que enterneció sobremanera el bondadoso corazón del Arzobispo. Por esto se comprenderá que no se parecía en nada a su pariente el ministro y que el parentesco que existía entrambos habría de ser muy distante.

Al tiempo de despedirse Su Ilustrísima, decía al malventurado, mientras guardaba en el limosnero la retractación firmada:

—Hermano:—confiad en Dios y en mí, pues yo le fío que pronto se le abrirá esta carcel; el Rey Nuestro Señor, sin duda piensa que ya purgó su merced bastantemente aquella ligereza, y así como yo tengo el honor de poner este pliego en sus manos le pondrá a usted en libertad.

El buen príncipe de la Iglesia, hablaba con tal optimismo, no por consolar el ánimo atormentado del pobre clérigo, si no porque lo creía en esta manera, de buena voluntad. Si hubiese conocido al hijo de María Luisa, a buen seguro que no se atreviera a responder por él de modo tan rotundo.

El Prelado salió de la torre dando la bendición a Fray Juan Almaraz, que la recibió de rodillas, llorando lágrimas de arrepentimiento y de alegría, porque pensaba que su liberación acercábase a pasos agigantados.

Trás el buen obispo tornaron a correrse con el mismo rechinar lúgubre de años antes, cerrojos, candados y cadenas.

Todo aquél férreo sonido, parecía música del vil y rastrero himno del retórico adulador Don Juan Bautista de Arriaza.

«Vivir en cadenas
«cuan triste vivir.
«Morir por Fernando
«qué bello morir.

—

Don Pedro José Fonte, envió aquel mismo dia la retractación del reo a su pariente Calomarde.

No quería que por él retrasárase un solo momento la libertad del confesor de la reina.

Fernando recibió el ansiado pliego de manos del ministro, y según la satisfacción que se marcara en sus duras facciones, no se alegró tanto cuando Napoleón, apartándole de su lado como a un reptil venenoso le arrojó nuevamente a España, en venganza de la derrota que sus águilas imperiales sufrieran en esta hidalga tierra.

—¿Qué hacemos del preso? señor—, preguntó Calomarde.

Y el rey respondió:

—Dejarle donde está y es mucha merced. Ese hombre, mientras yo viva, no volverá a ver más luz que la que entre por la reja de su calabozo...

—

Y Fray Juan, soñaba cada día con el ansiado momento libre.

Como la malventurada víctima de Barba Azul pasábase los días encaramado en el poyo de la ventana escrutando las revueltas del camino que llevaban a la fortaleza, por ver si veía llegar su libertad, pero sólo distinguía a lo lejos, los labriegos que iban y volvían de la labor, los arrieros y huertanos que iban los jueves al mercado de Valencia, y no recibía otra visita que la de aquel gorrioncillo agradecido que ya se le paraba dulcemente en el hombro y comía en su mano...

Así pasaron meses y meses, que se cuajaron en años.

Todo volvió a quedar en el mismo olvido que antes de visitarle el Arzobispo, pero éste no lo había olvidado y trató de averiguar noticias suyas por el mismo alcaide; más éste dejaba siempre sin satisfacer la curiosidad de su ilustrísima.

Una tarde tornaba el prelado de su acostumbrado paseo por las márgenes del Turia, cuando al entrar en la ciudad vió al coronel don Luis Oyarzabal.

Hizo parar el coche a su paso y le llamó.

—El alcaide de Peñíscola acercóse muy cortés con el sombrero en la diestra, y entrambos cambiáronse los saludos de cortesía, luego de los cuales pregun-

tóle el prelado si el prisionero había recobrado ya su libertad; mas el gobernador, fingiendo la más completa ignorancia de lo que le hablaban, respondió:

—Ignoro, señor, a qué prisionero quiere referirse su ilustrísima.

Don Pedro quiso refrescarle la memoria recordándole su visita al castillo, pero el esbirro de Fernando limitábase a encogerse de hombros a cada razón que le daban y a todo se hacía de nuevas.

—Sin duda, vuestra ilustrísima—decía con la voz amable y el gesto risueño—padece una confusión, pues yo no he tenido el honor de hablaros hasta ahora, ni mucho menos recuerdo que os hayais dignado visitar la fortaleza.

El prelado sintióse herido en su amor propio viendo la indiferencia de aquel hombre, y diciéndole:

—Perdone usted, señor militar, efectivamente, padezcó una equivocación—. Dió orden a su cochero de que prosiguiese la ruta.

Oyarzabal hizo una cortés reverencia y espoleó su brioso caballo, que partió al galope por el camino de Burjasot...

—

El arzobispo, como hombre recto y de buena fe, pensó que lo mejor era impetrar en favor del monarca, y tras de haber escrito varias veces a Calomarde, sin obtener respuesta satisfactoria, se dirigió al monarca, y aquí es donde estuvo a punto de hallar su propia desgracia.

De mano del ministro recibió la contestación de Fernando, en la que decía que Su Majestad había visto con el más vivo desagrado semejante recuerdo.

Que debía borrarle de su imaginación como si nunca hubiese tenido la menor noticia de él.

Que había llevado a efecto muy bien la secreta misión que cerca del preso se le había encomendado y por la que el rey le quedaba sinceramente reconocido, pero que una vez terminada no debía volver a pensar en ella, ni acordarse de que tal sujeto como el P. Almaraz existía en el mundo, si no quería exponerse a recibir una muestra enérgica del desagrado de Su Majestad.

Y el buen prelado, hombre ya anciano y no muy entero de energías, tuvo muy en cuenta la admonición, y no queriendo exponerse a la enemiga regia, dejó abandonado a su suerte el infeliz prisionero que se pudría en el castillo de Peñíscola, pensando en la hora de su muerte como única esperanza de libertad...

EPILOGO

El 29 de septiembre de 1833, murió *por fin* Fernando VII.

Con su desaparición de la tierra coincidió en el poder la de toda su camarilla.

Grijalva desapareció anónimamente. Conocida su influencia hipócrita y vil durante los últimos años del reinado, desde que se esfumaran el ínclito «Chamorroá y el aprovechado Ugarte, no se atrevió a permanecer un instante más en Palacio desde que penetraron en él los aires francos de libertad; Calomarde cayó al aire de una bofetada.

Los sucesos de La Granja cambiaron por entero la paz política de la nación. En fin, los mismos que antes fueron perseguidos de muerte, entraron a formar parte del Gobierno durante la regencia de Cristina.

El 16 de enero de 1834 era presidente del Consejo de Ministros don Francisco Martínez de la Rosa, el cual dió una completa amnistía para todos los delitos políticos, y así tornaron a su patria los desterrados y salieron de las cárceles los presos, durante la década inquisitorial de Calomarde y Chaperón.

Por instigación de un prócer que honró su título, cultivando el bello ejercicio de las Letras, el conde de Fabraquer, fenecido no ha muchos años, descubriéronse en la secretaría del ministerio de Gracia y Justicia los pocos antecedentes

que había sobre este novelesco suceso, púsolo en conocimiento del presidente poeta, quien consultándolo a su vez con la reina gobernadora, determinó poner en libertad al infeliz, víctima de sus errores y del despotismo de un rey absoluto.

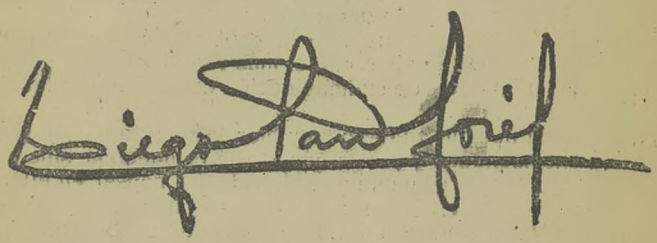
Lastimoso y repugnante era a un mismo tiempo el estado en que apareció Fray Juan de Almaraz, cuando le abrieron las puertas de su prisión.

El desdichado no era más que una momia viviente, corroída por la miseria, y llena de fístulas, nacidas por la suciedad en que se revolcaba su cuerpo. Había perdido el uso de la palabra, y su inteligencia se había apagado por completo...

—

Muy poco sobrevivió el infeliz al momento de su libertad, de la que apenas si se dió cuenta. Trasladado a Mallorca en donde había algunos parientes, murió al mes de haber salido del castillo de Peñíscola.

He aquí otra figura representativa, que con *El Empecinado*, Riego, Torrijos, Mariana Pineda, Miyans, Ripoll, Porlier y Lacy, debieron de adornar el monumento funerario del rey Manolo...



Marca Registrada

FUERA CANAS

Sin teñirlas ni arrancarlas

Gran invento **BRILLANTINA INDIA** (Sin grasa)
Exíjase en la etiqueta La figura de la India (Marca Registrada.)
Producto antiséptico, compuesto de raíces aromáticas
Unico que sin teñir, en pocos días devuelve a las canas su color primitivo. Usándole no salen nunca. Fortifica la raiz del cabello evita su caída y le devuelve el jugo perdido, pues la cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin el cual se debilita la raiz, haciéndole perder color y fuerza. **Precio: 5 pesetas.** Deventa en todas las perfumerías y droguerías. Por mayor: J. BARREIRA. Marqués de Santa Ana, 11. MADRID.

MUEBLES

de lujo y económicos.

Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.

CASA SOTOCA

Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39) Hay guardamuebles.

POSTALES

Millares a elegir desde 5 cts.

EL ARCA DE NOE

Corredera Baja, 39

COMPRO ALHAJAS

JOYERIA

Plaza Mayor, 23. (esquina a Ciudad Rodrigo.)

20 pesetas diarias

cooperando a la venta de nuestros artículos maravillosos nunca vistos, indispensables en todo hogar. Pueden concurrir señoras y caballeros desde cualquier localidad sin abandonar sus ocupaciones. Gratis catálogo ilustrado, detalles etc. escribiendo "Internacional Orfice". Apartado 841, MADRID.

CASA ESPECIAL EN SOMBREROS DE LUTO

LA ELEGANCIA

FUENCARRAL, 10. Pral

LA MARIPOSA

PRODUCTOS SELECTOS DE PERFUMERIA

MAGDALENA 18

Evita el dolor de muelas

ALCOHOLATO

ELIXIR DENTIFRÍCO

Perfuma el aliento

Alcoholera, Carmen, 10

BISUTERIA, JUGUETERIA Y PERFUMERIA

F. Martinez Hortaleza, 44 MADRID

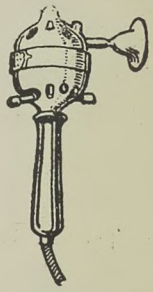
Sección de publicidad

Rene Grandioux

Cardenal Cisneros, 16. Madrid

MRATINEZ H.NOS

Almacén de material eléctrico.



Teléf. M-5087.-Fuencarral, 12.

MADRID

ES CÓMODO

para el comprador saber el precio de lo que desea comprar, y no tener que preguntar a los dependientes, que muchas veces juzgan al cliente según va vestido; por esto el **Palacio u Hotel de Ventas, Atocha, 34,** pone los precios en cada artículo, y el que quiere compra, y el que no lo hace un día vuelve otro, en la seguridad de que es la Casa que más barato vende.

NO SE OLVIDE

que la caspa es el mayor enemigo del cabello; hay, pues, que destruirla y evitarla, lo que se consigue fácilmente con el agua **La Flor de Oro**, la que además aviva el crecimiento del cabello y le conserva la suavidad y color naturales. — Se vende en las perfumerías y droguerías.

Material eléctrico

F. BRIHUEGA

CARMEN, 28

Telf. 3000

TINTURA ZAIDA

Agua milagrosa para devolver a las canas su primitivo color.

TOALLA VENU

Verdadero talismán de la belleza del rostro. Grande, 60 ptas.; media, 30; pequeña, 5

DEPOSITO: G. ARIAS.—CORREDERA BAJA, 43. — MADRID

PRENSA POPULAR Calvo Asensio, 3.—MADRID

Compra

Papeletas del Monte por 200 por 100 de su valor.
Alhajas y Mantones de Manila **ORTEGO**

Plaza del Angel 2. (esquina a Cruz.)

LA HERNIA

¡Grandioso invento!

La HERNIA (quebradura) no se cura radicalmente en los edultos con pomadas, parches. líquidos, bragueros, etc. Asegurar la curación con esos procedimientos es un solemne engaño. El Instituto Moderno de Madrid, plaza de Santa Ana, 11. GARANTIZA la contención radical de la HERNIA más voluminosa con el gran invento Brisson, y y lo somete al examen de todos los señores médicos. Los niños se curan radicalmente

Faja Brisson

Única en el mundo para vientres voluminosos y operados.
Recomendada para las enfermedades de estómago, riñón, hígado y matriz la faja Brisson, que no se parece a ninguna otra, se adapta como uu guante y reduce el vientre más voluminoso. Folletos gratis. Ultimos adelantos para corregir las deformidades del cuerpo humano.

ENFERMOS

de los **OJOS**

"OIDEO" único producto. del mundo que, friccionado en las sienes, refuerza el nervío óptico quita el cansancio de los ojos, evita el uso de lentes, incluso septuagenarios, recuperándose en pocos días una vista envidiable. No más miopes, présbitas ni vistas débiles. **Libro gratis** encriendo: Sucesor **Bernardini & C. Ferraz, 13, Madrid** o en farmacias. En Barcelona. Segalá.R. Flores 14 Alsina, Pasaje del Crèdito, 4. y Gran Farmacia de la Cruz. Escudillers, 73.

PEÑA

COMPRO Y PAGO MÁS QUE NADIE, ALHAJAS Y PAPELETAS DEL MONTE
SAN BERNARDO, 52.—T.º 5196-M

¡No preocuparse!

de callos ni unas gordas. La célebre **Escofina Losada** de 1,10 y 1,65 ptas los destruye en el acto sin dolor. Se. devuelve su importe a quien no satisfaga el resultado. En Droguerias y Ortopédicos.—Dtº. ctral. de España. Valver de, 14, Madrid. Viuda de R. Losada.-Gran rebajapor mayor.

Camisería Ridruejo

Novedades en corbatas cuellos y puños.—Abrigos de señora gran fantasía.-Medias y calcetines. — Géneros de punto.—Pañuelos de seda y algodón.—Canastillos y equipos.

R. Martínez Ridruejo

Fuencarral, 96 y Apodaca, 2
MADRID

¡EUREKA!

CALZADO
WALK-OVER
Nicolás M. Rivero, 11
MADRID

Limpie Vd. los metales con

"AERO"

y briliarán más que el oro.

EMULSION VITÆ

FÓRMULA

Aceite de hígado de bacalao	60,0 º
Nucleína.	0,50 º/o
Iodo orgánico.	0,10 º/o

Reconstituyente único, en todos los casos de depauperación orgánica indispensable para los niños en período de crecimiento.

Agente General: JOSÉ CINTO GUALLAR --- Madrid.